

—Un filósofo logró reunir una extensa colección de todas las astucias y artimañas que nuestro sexo puede emplear para engañar al hombre; y, para precaverse de nosotras, la llevaba siempre consigo. Un día, viajando, llegó á un campamento de árabes. Al ver al viajero, una joven, que estaba sentada á la sombra de una palmera, se levantó inmediatamente, y le invitó con tanta amabilidad á que entrase á descansar en su tienda, que aquél no pudo menos de aceptar. El marido de la joven estaba á la sazón ausente. Apenas se había sentado el filósofo sobre una mullida alfombra, cuando la encantadora árabe le presentó dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, no pudiendo aquél por menos de observar la rara perfección de las manos que le ofrecieron la bebida y las frutas. Pero, para distraerse de las sensaciones que le hacían experimentar los encantos de la joven, cuyos lazos le parecían temibles, el sabio abrió su libro y se puso á leer. La seductora criatura, picada de este desdén, le dijo con melodiosa voz:—Preciso es que ese libro sea muy interesante, cuando así absorbe por completo vuestra atención. ¿Seré indiscreta si os pregunto el nombre de la ciencia sobre que versa?... El filósofo le respondió siguiendo siempre con los ojos en el libro:—La materia de este libro no es de la competencia de las señoras. Esta contestación negativa del filósofo excitó aún más la curiosidad de la joven árabe, la cual mostró entonces maliciosamente sus pies, que eran indudablemente los más bonitos que imprimieron nunca sus huellas fugitivas en la movable arena del desierto. El filósofo sufrió entonces alguna distracción y no leyó con tanta atención como antes, pues sus ojos, tentados de un modo demasiado provocativo, no tardaron en contemplar á hurtadillas á la joven árabe, desde los pies, cuyas promesas eran tan fecundas, hasta el busto, que era encantador; después no tardó en confundir la llama de su admiración con el fuego que brillaba en las ardientes y negras pupilas de la joven asiática. Por segunda vez preguntó ésta con voz tan dulce la materia de que trataba aquel libro, que el filósofo encantado respondió:—Soy el autor de esta obra; pero el fondo de ella no es mío, ya que contiene todas las astucias que las mujeres han inventado.—¿Cómo!... ¿todas absolutamente? dijo la hija del desierto.—¿Sí, todas! Y sólo estudiando continuamente á las mujeres es como he logrado llegar á no temerlas.—¡Ah!... dijo la joven árabe dejando

caer las largas pestañas de sus blancos párpados superiores sobre las de los inferiores; después, dirigiendo de pronto una de sus más vivas miradas al pretendido sabio, no tardó en hacerle olvidar su libro y las astucias y artimañas que éste contenía. He aquí ya á mi filósofo pasando á ser el más apasionado de todos los hombres. Creyendo ver en los modales de la joven un ligero tinte de coquetería se aventuró á hacerle una declaración. ¿Cómo había de resistir? el cielo estaba azul, la arena brillaba en lontananza como un mar de oro, el viento del desierto traía el amor, y la mujer de la Arabia parecía reflejar todo el fuego de que estaba rodeada. En consonancia con los elementos, los ojos de la joven lanzaban voluptuosas miradas, y un gracioso movimiento de su linda cabeza dió á entender al sabio que consentía en escuchar sus palabras de amor. El extranjero se forjaba ya las más halagüeñas esperanzas, cuando la joven, oyendo á lo lejos el galope de un caballo que parecía tener alas, exclamó:—¡Estamos perdidos! mi marido va á sorprendernos. Es celoso como un tigre y más implacable que... ¡En nombre del profeta, y si en algo apreciáis vuestra vida, escondeos en este cofre!... El autor, asustado, y no viendo otro camino mejor para salir de aquel mal paso, se metió en el cofre, se acurrucó en él y, cerrándolo en seguida la joven, tomó su llave. Salió en seguida al encuentro de su esposo, y, después de haberle hecho algunas caricias que le pusieron de buen humor, le dijo:—Tengo que contarte una aventura muy singular.—Te escucho, gacela mía, respondió el árabe, sentándose sobre la alfombra y cruzando las piernas, según acostumbran á hacer los orientales.—Ha venido hoy una especie de filósofo—continuó ella—que pretende haber reunido en un libro todas las artimañas y astucias de que es capaz mi sexo, y ese falso sabio me ha hablado de amor.—Y ¿qué más?... preguntó el árabe con impaciencia.—¡Que le he escuchado!... repuso ella con sangre fría, es joven, activo y... ¡créeme que has llegado con gran oportunidad para socorrer á mi virtud que ya vacilaba! Al oír esto, el árabe saltó como un leoncillo y, rugiendo de rabia, desenvainó su puñal. El filósofo que, desde el interior del cofre, lo oía todo, daba á Arimanes (1) su

(1) Principio ó dios del mal en la antigua religión de los persas.—(Nota del T.)



libro, las mujeres y todos los hombres de la Arabia Petrea. —¡Fatmé! si quieres vivir, responde... exclamó el marido ¿En dónde está el traidor? Espantada de la tormenta que se había complacido en promover, Fatmé se arrojó á los pies de su esposo, y, temblando al ver el amenazador acero del puñal, señaló el cofre con una mirada tan rápida como tímida. Se levantó después avergonzada, y, tomando la llave que llevaba en la cintura, se la presentó al celoso, y, cuando éste se disponía á abrir el cofre, la maliciosa árabe soltó una carcajada. Detúvose Faroun atónito, y miró á su mujer con una especie de inquietud. —¡Al fin tendré mi hermosa cadena de oro!—exclamó ella brincando de alegría; dámela puesto que has perdido el *Diadesté*. Otra vez ten más memoria. El marido, estupefacto, dejó caer la llave y ofreció de rodillas la prestigiosa cadena á su querida Fatmé, ofreciéndole llevarle todas las joyas de las caravanas que pasasen aquel año, con tal que renunciase á emplear tan crueles astucias para ganar el *Diadesté*. Después, como era árabe y no le gustaba perder una cadena de oro, aunque ésta pasase á ser propiedad de su mujer, volvió á montar á caballo y partió, yendo á refunfuñar á su gusto por el desierto, pues amaba demasiado á Fatmé para que le mostrase sus disgustos. La joven, sacando entonces al filósofo del cofre en que yacía más vivo que muerto, le dijo con gravedad:—Señor doctor, no olvidéis esta astucia en vuestra colección.

—Comprendo, señora—dije yo á la duquesa;—quiere usted decir con eso que, si me caso, sucumbiré probablemente ante alguna diablura semejante y que me sea desconocida. Pero, no importa, de cualquier manera, tenga usted la seguridad de que ofreceré un matrimonio modelo á la admiración de mis contemporáneos.

París, 1824—1829.

FIN





